

ERRAMU-IGANDEA. Homilía Domingo de Ramos.
Catedral del Buen Pastor (San Sebastián).
24 de marzo de 2024.

Anai-arreba maiteok:

Erramu igandea ospatzen dugu eta horrela ematen diogu hasiera gure Aste Santuari. Como si fuera el preludeo de una obra musical, el Domingo de Ramos adelanta lo que se va a desarrollar en la liturgia de los próximos días. Este año escuchamos el relato de la Pasión según san Marcos, que tiene la intención de hacernos ver cuál es la identidad de aquel hombre crucificado. El comienzo del Evangelio y el final del relato de la Pasión muestran esta intencionalidad. «Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Marcos 1, 1). Todos los acontecimientos que narra san Marcos convergen hacia el momento en que el centurión romano confiesa y afirma ante la cruz que aquel hombre Crucificado es el «Hijo de Dios» (Mc 15, 39). Jesus, Jainkoaren Semea da. Bera da Jainkoaren hitza guretzat. Bera bakarrik jarraitu behar dugu.

Esta Liturgia suscita cada año en nosotros cierto sentimiento ambiguo. En el pórtico de la Semana Santa, el día de Ramos nos hace pasar de la alegría de la entrada de Jesús en Jerusalén, alabado con palmas al dolor de ver cómo lo condenan a muerte y es crucificado. Sentimendu hau, bestaldetik, sakona da. Sakontasun hau gure bidelagun izango da Aste Santu osoan zehar. Dejemos que la Semana Santa que vamos a celebrar nos hable, nos sorprenda y nos introduzca en este misterio. Ireki ditzagun gure bihotzeko begi eta belarriak.

Hoy hemos puesto la atención en el relato de la pasión de Jesús. Su cruz nos invita, nos desafía, nos da qué pensar. Jesús se entrega por nosotros con todas sus consecuencias para tocar lo más íntimo de nuestra realidad humana, para experimentar toda nuestra existencia. Lo hace para acercarse a nosotros y no dejarnos solos en el dolor y en la muerte.

Pues él experimentó en su propia carne nuestras contradicciones más dolorosas, y así las redimió, las transformó. Su amor se acerca a nuestra fragilidad. Y así, los creyentes, tomamos nueva conciencia de que no estamos solos. Dios está con nosotros en cada una de nuestras heridas, en cada uno de nuestros miedos. Ningún mal, ningún pecado, tiene la última palabra. Dios vence, pero la palma de la victoria pasa por el madero de la cruz. Por eso las palmas y la cruz hoy están tan juntas.

Altza dezagun, beraz, gure begirada Aste Santu honetan. Miremos a la cruz para recibir la gracia del estupor que produce en nosotros el misterio.

Dejemos que los personajes de la Pasión susciten en nosotros las preguntas vitales que no podemos evitar hacer.

Esto es la Semana Santa, volver a mirar con atención, pero con real afecto y agradecimiento al origen de nuestra alegría y de nuestra salvación. La Semana Santa es memoria de las palabras y los hechos que introdujeron en la historia la posibilidad de nuestra salvación. ¿Cómo no mirar con afecto e interés cada palabra y cada gesto de Jesús, si gracias a ellos podemos experimentar esta dicha tan maravillosa? Entramos en la Semana Santa con la certeza de que esos hechos que nos salvan siguen siendo actuales para todos nosotros. No somos meros espectadores, somos protagonistas. No solo recordamos las palabras y los hechos que nos salvan, sino que se actualizan gracias a la liturgia de la Iglesia. En los acontecimientos que celebramos en la Semana Santa nos encontramos todos.

Os invito en esta semana a estar atentos. En su Cruz, Jesús nos invita a caminar por su camino. Volvamos a él la mirada, pidamos la gracia de acercarnos a este misterio de su anonadamiento por nosotros; y así, en silencio, contemplemos el misterio de un Dios que no puede más que amar y al que Dios nuestro Padre resucitó avalando su vida y abriendo para todos nosotros el camino de la vida sin fin.

Anai-arreba maiteok, begira dezagun Jesus Gurutzean, eta esan diezaigu: “Benetan, Jainkoaren Semea zara”, “Realmente eres el Hijo de Dios. Tú eres mi Dios”. Y que esa confesión nos lleve a vivir el misterio de la Pascua de Resurrección, abriéndonos todos a un nuevo amanecer.